

R. L. Stevenson

# La Isla del Tesoro

Traducción de Fernando Santos Fontenla



**Alianza** editorial

El libro de bolsillo

Título original: *Treasure Island*

Primera edición: 1980  
Tercera edición: 2011  
Cuarta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estrada Design  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Herederos de Fernando Santos Fontenla  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1980, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-5138-5  
Depósito legal: B. 13.058-2011  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

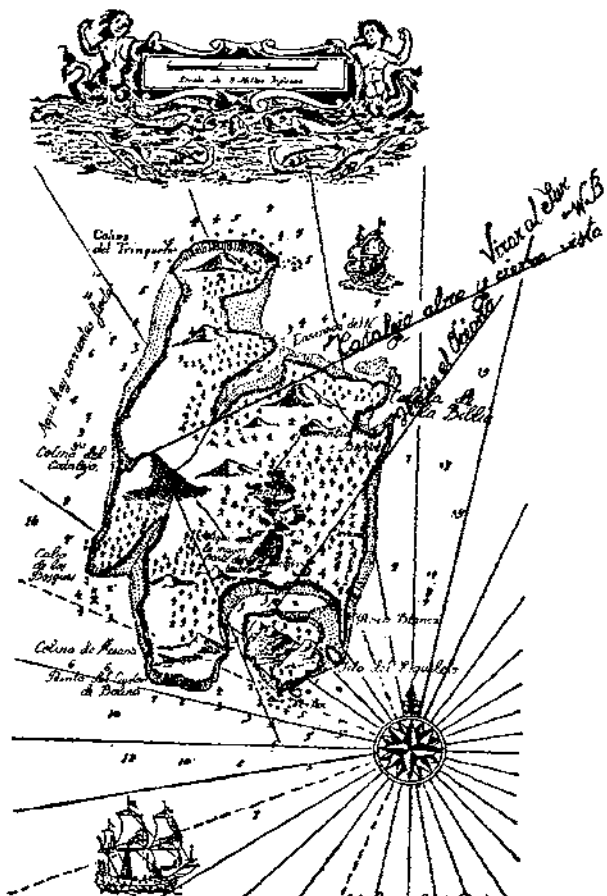
- 11 Parte primera. El viejo bucanero
- 13 1. El viejo lobo de mar en el Almirante Benbow
- 21 2. Black Dog aparece y desaparece
- 30 3. El redondel negro
- 38 4. El baúl de a bordo
- 46 5. El final del ciego
- 53 6. Los papeles del capitán
  
- 61 Parte segunda. El cocinero de a bordo
- 63 7. Voy a Bristol
- 71 8. En la taberna del Catalejo
- 79 9. Pólvora y armas
- 87 10. La travesía
- 95 11. Lo que oí desde el barril de manzanas
- 103 12. Consejo de guerra
  
- 111 Parte tercera. Mi aventura en tierra
- 113 13. Cómo empecé mi aventura en tierra
- 120 14. El primer golpe
- 128 15. El hombre de la isla

- 137 Parte cuarta. La estacada
- 139 16. El doctor continúa la narración:  
Cómo se abandonó el barco
- 146 17. Continúa la narración del doctor:  
El último viaje del chinchorro
- 152 18. Continúa la narración del doctor:  
Termina el primer día de combates
- 158 19. Jim Hawkins reanuda la narración:  
La guarnición de la estacada
- 166 20. La embajada de Silver
- 174 21. El ataque
- 
- 183 Parte quinta. Mi aventura en el mar
- 185 22. Cómo empezó mi aventura en el mar
- 193 23. Termina la bajamar
- 200 24. La travesía del *coracle*
- 208 25. Arrío la bandera pirata
- 215 26. Israel Hands
- 226 27. «Piezas de a ocho»
- 
- 235 Parte sexta. El capitán Silver
- 237 28. En el campamento del enemigo
- 248 29. Otro redondel negro
- 257 30. Bajo palabra
- 267 31. A la busca del tesoro: La señal de Flint
- 276 32. A la busca del tesoro: La voz entre los árboles
- 285 33. La caída de un jefe
- 293 34. Y último

A  
Lloyd Osbourne,  
*caballero estadounidense,  
conforme a cuyos gustos clásicos  
se ha ideado la presente narración,  
ahora, a cambio de tantas horas deliciosas,  
y con los mejores deseos, se la dedica  
su querido amigo,*  
EL AUTOR.

#### AL COMPRADOR INDECISO

*Si los cuentos de marinos, al son de marinos cantos,  
con tormentas y aventuras, y también con mares cálidos,  
con goletas y con islas, piratas abandonados,  
con algunos bucaneros y también oro enterrado,  
y si todos los romances, al modo antiguo contados,  
exactamente igual que antes,  
agradan cual me agradaron  
a los jóvenes de hoy día,  
que son aún más avispados,  
adelante, ¡ya empecemos!  
Si no es así y el muchacho  
tan estudioso de hoy día  
ese apetito ha olvidado,  
y olvidado también ha  
a Kingston y a Ballantyne el bravo,  
y a Cooper, el de bosques y el de barcos,  
¡Adelante, también! Y yo entonces,  
con mis piratas cansados,  
iré tranquilo a la tumba  
do yacen con sus pecados.*



Preparado  
 por el Sr. Comandante D. B. M. y Bonas, oficial del Real  
 Cuerpo de Ingenieros, hoy 20 de Julio de 1754. N. B.

Facsimil de mapa, fotocopia y  
 bordado. Encuadros por C. Hernández.

Parte primera

El viejo bucanero





# 1. El viejo lobo de mar en el Almirante Benbow

Como el caballero Trelawney, el doctor Livesey y el resto de estos señores me han pedido que escriba todos los detalles de la Isla del Tesoro, del principio al fin, sin reservarme nada más que la demarcación de la isla, y eso únicamente porque todavía queda allí parte del tesoro, tomo la pluma en el año de gracia de 17... y vuelvo a la época en que mi padre regentaba la posada del Almirante Benbow y llegó a alojarse bajo nuestro techo el viejo marinero bronceado con la cicatriz de un sablazo.

Recuerdo como si fuera ayer el día en que llegó jadeante a la puerta de la posada, seguido por alguien que le llevaba su baúl de a bordo en una carretilla; era un hombre alto, fuerte, grueso, de tez curtida, con una coleta embreada que le caía sobre los hombros del sucio capote azul; tenía las manos callosas y llenas de cicatrices, y las uñas rotas y sucias, y en la mejilla la cicatriz de un sablazo, de color blanco sucio y lívido. Recuerdo cómo se de-

tuvo a contemplar la caleta, silbando bajito, y después empezó a canturrear aquel viejo aire marinero que tantas veces repetiría después:

*Quince hombres van en el cofre del muerto,  
¡ja, ja, ja, y una botella de ron!*

con una voz alta y cascada, que parecía haberse formado y deshecho en las barras del cabrestante. Después dio en la puerta con un bastoncillo como barra que llevaba, y cuando salió mi padre, le pidió a voces un vaso de ron. Cuando se lo dio, lo bebió despacito, como buen cata-dor, saboreando el aroma, mientras iba contemplando las rocas y nuestra enseña.

–Buena caleta esta –dice por fin–, y la taberna está en buen sitio. ¿Mucha gente, compañero?

Mi padre le dijo que muy poca, por desgracia.

–Pues entonces –dijo el otro–, aquí echo el ancla. Eh, tú –gritó al que venía con la carretilla–, ponte en facha y súbeme el baúl. Me quedo unos días –continuó–; soy persona sencilla. Me basta con ron, tocino y huevos, y esa punta de ahí enfrente para ver los barcos. ¿Que cómo me llamo? Basta con llamarme «capitán». Ah, ya veo lo que estáis esperando; ahí va –y tiró en el umbral tres o cuatro monedas de oro–. Ya me lo diréis cuando haga falta más –dijo con un tono orgulloso, como si fuera capitán de verdad.

Y la verdad era que por mala que fuera su ropa, y por ordinario que fuera su acento, no tenía el aspecto de un simple marinero de castillo de proa, sino más bien el de un oficial o un capitán acostumbrado a dar órdenes o a

infligir castigos. El de la carretilla nos dijo que había llegado aquella mañana en la posta que paraba en el Royal George; había preguntado qué posadas había en la costa y como le dijeran, supongo, que la nuestra era buena y no muy frecuentada, la escogió entre todas para quedarse. Y eso es todo lo que pudimos saber de nuestro huésped.

Por lo general, hablaba poco. Se pasaba el día en la caleta o en las rocas, con un catalejo de metal; la velada la pasaba sentado en un rincón de la sala, junto al fuego, bebiendo ron con muy poca agua. Casi nunca devolvía un saludo, sino que levantaba la cabeza de golpe con mal gesto y daba un resoplido por la nariz que sonaba como el de una sirena en la niebla; tanto nosotros como la gente que venía a casa aprendimos pronto a dejarlo en paz. Todos los días, a la vuelta de su paseo, preguntaba si había pasado gente de mar. Al principio creíamos que echaba de menos la compañía de gente como él, pero después empezamos a comprender que era todo lo contrario. Cuando se alojaba un marinero en el Almirante Benbow (como ocurría de vez en cuando, pues estábamos en el camino de Bristol por la costa), primero lo inspeccionaba por entre las cortinas de la puerta antes de entrar en la sala, y cuando había huéspedes de éstos, casi siempre se quedaba más callado que una ostra. Para mí, por lo menos, la cosa no tenía ningún secreto, pues en cierto modo yo era partícipe de sus alarmas. Un día me había llamado aparte y me había prometido una moneda de plata de cuatro peniques el primero de cada mes con tal de que estuviera «ojo avizor a un hombre de mar al que le falta una pierna», y lo avisara en el momento en

que apareciese. Muchas veces, cuando llegaba el primero de mes y le pedía mi paga, me soltaba un resoplido y se quedaba mirándome fijo hasta que yo bajaba los ojos, pero siempre, antes de que terminara la semana, lo pensaba otra vez y me traía mi moneda de cuatro peniques y repetía sus órdenes de estar alerta al «hombre de mar al que le falta una pierna».

Me resulta imposible describiros cómo me perseguía en sueños aquel personaje. Las noches de tormenta, cuando el viento hacía temblar las cuatro esquinas de la casa y el oleaje se estrellaba en la caleta y contra las rocas, lo veía en mil formas, con mil expresiones diabólicas. Unas veces le faltaba la pierna a partir de la rodilla; otras, a partir de la cadera; otras veces era una criatura monstruosa que nunca había tenido más que una pierna, y la que tenía le salía del estómago. La peor de las pesadillas era cuando se echaba a correr y saltar y me perseguía entre setos y vallas. En resumen, la moneda de cuatro peniques al mes la pagaba yo bien cara, en forma de aquellas pesadillas abominables.

Pero, pese a lo que me aterraba la idea del hombre de mar al que le faltaba una pierna, el que menos miedo tenía al capitán de todos los que le conocían era yo, y con mucho. Había noches en las que se dedicaba a tomar mucho más ron con agua de lo que podía aguantar, y entonces se ponía a entonar sus viejas canciones marineras, sucias y brutales, sin cuidarse de nadie; otras veces pedía una ronda para todos y obligaba a los temblorosos clientes a escuchar sus relatos o a hacerle coro en sus cánticos. Fueron muchas las veces en que oí retemblar la casa a los gritos de «¡ja, ja, ja, y una botella de ron!», a los que se sumaban todos los vecinos, que temían por sus vidas,

y cada uno de ellos cantaba más alto que el otro, para no hacerse notar. Porque cuando le daban aquellos ataques, era el comensal más violento que se haya visto: daba manotazos en la mesa para imponer silencio; unas veces se irritaba a la menor pregunta y otras porque nadie le preguntaba nada, y entonces opinaba que nadie hacía caso de lo que estaba contando él. Y no permitía que nadie se fuera de la taberna hasta que se dormía de puro borracho y se iba a trompicones a la cama.

Lo que más miedo daba a la gente eran las historias que contaba. Y es que eran historias terroríficas de ahorcados, de paseos por la plancha, de tempestades marinas, de las Islas Tortugas, de salvajadas y de lugares terribles del Caribe. Por lo que contaba, debía de haberse pasado la vida entre gente de lo más terrible y de lo más malvado que jamás haya permitido Dios surcar los mares, y el lenguaje que utilizaba para contar aquellas historias escandalizaba a nuestros sencillos paisanos casi tanto como los crímenes que narraba. Mi padre decía siempre que tendría que cerrar la posada, porque pronto dejaría de venir la gente para huir de aquella tiranía y de aquellas humillaciones, para no tener que irse a la cama temblando; pero la verdad, creo, era que su presencia nos beneficiaba. La gente se asustaba de momento, pero al recordar las cosas más bien se divertía; resultaba un tanto tonificante en medio de la placidez de la vida rural, e incluso había un grupo, entre los más jóvenes, que decía admirarlo: lo llamaban «un auténtico lobo de mar», un «marinero de pro» y cosas por el estilo, y decían que era gente como él la que imponía el respeto al nombre de Inglaterra en todos los mares del mundo.

En cierto sentido, la verdad es que nos llevaba a la ruina, porque se quedó en nuestra casa semanas y semanas, y después meses y meses, de modo que hacía mucho tiempo que se había acabado el dinero que nos dio, y mi padre seguía sin atreverse a insistir en que nos pagara. Si alguna vez mencionaba el tema, el capitán lanzaba un resoplido tal que se podría calificar de un rugido, y se quedaba contemplando a mi padre de tal modo que éste se iba. Recuerdo haberlo visto retorciéndose las manos después de estas escenas, y estoy seguro de que los apuros y el terror en que vivía deben haber acelerado mucho su muerte, tan triste y prematura.

En todo el tiempo que vivió con nosotros, el capitán no modificó su vestimenta ni una jota, salvo cuando le compró unas medias a un buhonero. Cuando se le despegó una de las alas del sombrero, la dejó colgando, aunque le resultaba muy molesta los días de viento. Todavía recuerdo su capote, que él mismo se remendaba en su habitación de arriba, y que al final no era más que una masa de remiendos. Nunca escribía una carta ni la recibía, y nunca hablaba más que con los vecinos, y con éstos apenas lo hacía más que cuando se había empapado de ron. Y ninguno de nosotros vio jamás abierto su enorme baúl de a bordo.

Nadie le hizo frente más que una vez, y eso fue hacia el final, cuando mi pobre padre estaba enfermo y a las puertas de la muerte. Una tarde vino el doctor Livesey a ver al paciente, aceptó a mi madre algo de cenar y después vino a la sala a fumarse una pipa mientras le llegaba el caballo de la aldea, porque en el Benbow no teníamos establo. Lo seguí y recuerdo que me fijé en el contraste entre el médico, pulcro y fino, con su peluca blanca como la nieve y

aquellos ojos negros y penetrantes, con sus modales bien educados, y los rudos campesinos, y sobre todo con aquel pirata nuestro, sucio, gordo, lleno de cicatrices, que parecía un espantapájaros, sentado allí con los codos puestos encima de la mesa y ahíto de ron. De pronto el capitán empezó a entonar su cantilena de siempre:

*Quince hombres van en el cofre del muerto,  
¡ja, ja, ja, y una botella de ron!  
El diablo y el ron se llevaron al resto,  
¡ja, ja, ja, y una botella de ron!*

Al principio, yo creía que «el cofre del muerto» era el enorme baúl que tenía él en su cuarto de arriba, y aquella idea se mezclaba en mis pesadillas con la del marinero al que le faltaba una pierna. Pero para entonces aquella canción hacía tiempo que no nos llamaba la atención; aquella noche el único que no la conocía era el doctor Livesey, y observé que a éste no le agradaba, pues por un momento levantó airado la vista antes de seguir hablando con el viejo Taylor, el jardinero, acerca de un remedio nuevo para el reumatismo. Entre tanto, el capitán se fue alegrando con su propia música y acabó por dar un manotazo en la mesa con el gesto que para todos nosotros significaba la orden de silencio. Todas las voces se cortaron inmediatamente, salvo la del doctor Livesey, que siguió hablando igual que antes, clara y amablemente, con una chupada a la pipa cada palabra o dos. El capitán se lo quedó mirando un momento, dio otro manotazo, lo miró de forma más torva todavía y acabó por estallar, tras un juramento soez y terrible:

—¡Silencio ahí, en el entrepuente!

—¿Se dirige usted a mí? —preguntó el médico; y cuando el rufián le dijo que sí con otro juramento, replicó—: ¡Señor mío, no tengo más que decirle que si sigue bebiendo ron así, dentro de poco el mundo se habrá librado de un canalla y un sinvergüenza!

La furia del viejo marinero fue terrible. Se levantó de un salto, sacó y abrió una navaja marina, y con ella abierta en la palma de la mano, amenazó al médico con dejarlo clavado en la pared.

Este último no movió ni un pelo. Siguió hablándole por encima del hombro y con el mismo tono de voz, lo bastante alto para que pudieran oírle todos los presentes, pero con toda calma y serenidad:

—Si no se mete inmediatamente esa navaja en el bolsillo, le prometo por mi honor que en la próxima sesión de los tribunales le condenarán a la horca.

A esto siguió una batalla de miradas entre los dos, pero el capitán renunció en seguida, se guardó el arma y volvió a su asiento, refunfuñando como un perro apaleado.

—Y ahora, señor mío —continuó el médico—, como ya sé que hay un tipo de su catadura en mi distrito, puede usted contar con que voy a hacerlo vigilar noche y día. No sólo soy médico, sino también juez, y si me entero de una sola denuncia contra usted, aunque sólo sea por una grosería como la de hoy, haré todo lo necesario por detenerlo y expulsarlo de aquí. Baste con esto.

Poco después llegó a la puerta el caballo del doctor Livesey, que se marchó, pero aquella velada el capitán estuvo silencioso, y lo mismo ocurrió muchas de las siguientes.



## 2. Black Dog aparece y desaparece

No mucho después de todo esto ocurrió el primero de los misteriosos acontecimientos que, por fin, nos desembarazaron del capitán, aunque no, como veréis, de sus asuntos. Era un invierno desapacible y frío, de largas heladas y fuertes temporales, y desde el principio se veía muy difícil que mi pobre padre llegara a la primavera. Cada día iba a peor, y mi madre y yo teníamos que hacernos cargo de todo en la posada, y suficiente tarea teníamos como para prestar mucha atención a nuestro molesto huésped.

Era una madrugada de enero –una madrugada helada y cortante– en que toda la caleta estaba gris de escarcha, el mar lamía suavemente las piedras, acababa de salir el sol, que apenas si bañaba tenuemente las lomas y brillaba en el horizonte. El capitán se había levantado más temprano que de costumbre y se había ido a pasear por la playa, con su sable de abordaje colgando bajo los an-

chos faldones del capote azul, el catalejo de metal bajo el brazo y el sombrero echado hacia atrás. Recuerdo que su aliento dejaba tras de sí como una estela de humo al caminar, y que lo último que le oí, al pasar el peñasco, fue un fuerte resoplido de indignación, como si siguiera pensando en el doctor Livesey.

Bien, madre estaba arriba con padre y yo estaba poniendo la mesa del desayuno para cuando volviera el capitán, cuando se abrió la puerta de la sala y entró un hombre al que jamás había visto yo antes. Era un personaje pálido y céreo, con dos dedos menos en la mano izquierda, y aunque también él llevaba un sable de abordaje, no parecía muy combativo. Yo siempre estaba ojo avizor a la gente de mar, tuviera una pierna o las dos, y recuerdo que aquel tipo me intrigó. No parecía muy marinero, pero al mismo tiempo tenía algo que olía a mar.

Le pregunté qué deseaba y contestó que ron, pero cuando salía yo a buscarlo se sentó encima de una mesa y me hizo un gesto para que me acercara. Me quedé donde estaba, con mi servilleta en la mano.

–Ven, hijo –me dice–; acércate.

Di un paso.

–¿Es ésta la mesa de mi amigo Bill? –preguntó con tono un tanto burlón.

Le dije que no conocía a su amigo Bill, que la mesa era para una persona que residía en la casa y a quien llamábamos «el capitán».

–Bueno –dijo–, casi seguro que a mi amigo Bill le gusta que le llamen capitán. Tiene una cicatriz en el carrillo y es muy simpático, sobre todo cuando está bebido, mi amigo Bill. Digamos, es un decir, que tu capitán tiene un

corte en la cara, y si quieres más, que es en el carrillo derecho. ¡Lo ves! ¡Ya te lo decía yo! Y ¿está en casa mi amigo Bill?

Le dije que había salido a dar un paseo.

—¿Adónde, hijo? ¿De qué lado?

Cuando señalé hacia las rocas y le dije que probablemente el capitán volvería muy pronto, además de responder a otras preguntas, continuó:

—Ah, a mi amigo Bill le va a gustar esto más que una copa.

La expresión que tenía al decir aquello no era nada agradable, y yo tenía mis propios motivos para pensar que el desconocido se equivocaba, incluso de suponer que fuera sincero. Pero no era asunto mío, pensé, y además resultaba difícil saber qué hacer. El desconocido seguía fuera, al lado de la puerta de la posada, y pegado a la esquina, como el gato que acecha al ratón. Yo salí una vez al camino, pero inmediatamente me dijo que volviera, y como no le obedecí tan rápido como él quería, se produjo un cambio horrible en su faz de cera y me ordenó que entrase con un juramento que me dejó temblando. En cuanto volví, recuperó sus anteriores modales, medio aduladores y medio burlones, me dio una palmadita en el hombro y me dijo que yo era un buen chico y que le gustaba mucho.

—Tengo un chico —me contó— que se parece a ti como una gota de agua a otra, y le quiero como a las niñas de mis ojos. Pero lo principal para un muchacho es la disciplina, hijo, la disciplina. Y si hubieras navegado con Bill no te habrías esperado a que te dijeran las cosas dos veces; te lo juro. Bill no aguantaba esas cosas, ni las aguan-

taban los que se embarcaban con él. Y ahora aquí llega mi amigo Bill, catalejo bajo el brazo, para no variar. Buena persona. Tú y yo, hijito, vamos a la sala a escondernos detrás de la puerta para darle una sorpresita a Bill, que es muy buena persona, te insisto.

Con estas palabras, el desconocido volvió a entrar en la sala conmigo y me puso detrás de él en la esquina, de forma que quedábamos tapados por la propia puerta. Como podéis suponer, yo estaba muy inquieto y asustado, y mi temor era mayor porque advertía que el desconocido también estaba muy asustado. Puso a mano el mango del sable, que metió en la vaina y volvió a sacar, y todo el tiempo que estuvimos esperando tragaba saliva como si tuviera el proverbial nudo en la garganta.

Por fin llegó el capitán, que cerró de un portazo sin mirar a derecha ni a izquierda, y avanzó directamente hacia donde le esperaba el desayuno.

–Bill –llamó el desconocido con voz que, según me pareció, trataba de que sonara fuerte y atrevida.

El capitán giró sobre sus talones y quedó frente a nosotros; había palidecido totalmente, y hasta la nariz se le puso azul; tenía el aspecto de quien ve a un fantasma, o al diablo, o algo peor, si puede haberlo. Palabra que me dio pena ver cómo, de golpe, parecía un anciano enfermo.

–Vamos, Bill, ya me conoces; no me digas que no conoces a un viejo compañero de la mar, Bill –dijo el desconocido.

El capitán dejó oír una especie de jadeo.

–¡Black Dog! –exclamó.

–Pues ¿quién iba a ser? –contestó el otro, más tranquilo ya–. El Black Dog de siempre, que viene a ver a su vie-

jo compañero Bill, aquí en la posada del Almirante Benbow. Ay, Bill, Bill, ha llovido mucho desde que perdí estos dos garfios –dijo levantando la mano que tenía mutilada.

–Bueno, mira –dijo el capitán–, ya me has encontrado; aquí estoy; ahora di lo que sea; ¿qué pasa?

–Sigues siendo el mismo, Bill –respondió Black Dog–; tienes razón. Voy a pedirle una copa de ron a este muchachito tan simpático, y si quieres nos sentamos y hablamos francamente, como viejos compañeros que somos.

Cuando volví con el ron, estaban sentados cada uno a un lado de la mesa del desayuno del capitán; Black Dog junto a la puerta y sentado de costado, de modo que, a mi parecer, pudiera mirar con un ojo a su antiguo compañero, y con el otro al punto de retirada.

Me dijo que me fuera y que dejara la puerta bien abierta con un «A mí no me gustan los ojos de las cerraduras, jovencito», de modo que los dejé allí y me volví al mostrador.

Aunque estuve mucho rato tratando con todas mis fuerzas de escuchar, no logré oír más que un vago rumor, pero después empezaron a levantar la voz y pude oír una palabra que otra, casi siempre juramentos, de las que iba diciendo el capitán:

–¡No, no y no! –gritó una vez, y otra–: ¡Si ahorcan a uno, que ahorquen a todos, eso es lo que digo!

Luego, de repente, oí una fenomenal serie de juramentos y otros ruidos: cayeron de golpe una silla y la mesa, siguió un entrechocar de aceros y después un grito de dolor, y al momento siguiente vi cómo salía corriendo Black Dog perseguido por el capitán, mientras el primero sangraba profusamente por el hombro izquierdo, am-